

hablando con cortesía :  
 —Convidaros quiero, Conde,  
 por mañana en aquel día,  
 que queráis comer conmigo  
 por tenerme compañía.  
 —Que se haga de buen grado  
 lo que su Alteza decía :  
 beso sus manos reales  
 por la buena cortesía :  
 detenerme he aquí mañana,  
 aunque estaba de partida,  
 que la Condesa me espera  
 según carta que me envía.—  
 Otro día de mañana  
 el Rey de misa salía ;  
 luégo se asentó á comer,  
 no por gana que tenía,  
 sino por hablar al Conde  
 lo que hablarle quería.  
 Allí fueron bien servidos  
 como á Rey pertenecía.  
 Después que hubieron comido,  
 toda la gente salida,  
 quedóse el Rey con el Conde  
 en la tabla dó comía.  
 Empezó el Rey de hablar  
 la embajada que traía :  
 —Unas nuevas traigo, Conde,  
 que d'ellas no me placía,  
 por las cuales yo me quejo  
 de vuestra descortesía.  
 Prometistes á la Infanta  
 lo que ella no os pedía,  
 de siempre ser su marido,  
 y á ella que le placía.  
 Si á otras cosas pasaste

no entro en esa porfía.  
 Otra cosa os digo, Conde,  
 de que más os pesaría :  
 que matéis á la Condesa,  
 que así cumple á la honra mía :  
 echéis fama de que es muerta  
 de cierto mal que tenía,  
 y tratarse ha el casamiento  
 como cosa no sabida,  
 porque no sea deshonrada  
 hija que tanto quería.—  
 Oidas estas razones  
 el buen Conde respondía :  
 —No puedo negar, el Rey,  
 lo que la Infanta decía,  
 sino que otorgo, es verdad  
 todo cuanto me pedía.  
 Por miedo de vos, el Rey,  
 no casé con quien debía,  
 ni pensé que vuestra Alteza  
 en ello consentiría.  
 De casar con la Infanta  
 yo, señor, bien casaría,  
 mas matar á la Condesa,  
 señor Rey, no lo haría,  
 porque no debe morir  
 la que mal no merecía.  
 —De morir tiene, buen Conde,  
 por salvar la honra mía,  
 pues no mirastes primero  
 lo que mirar se debía.  
 Si no muere la Condesa  
 á vos costará la vida,  
 que por la honra de los reyes  
 muchos sin culpa morían,  
 que muera pues la Condesa

no es mucha maravilla.  
 —Yo la mataré, buen Rey,  
 mas no sea la culpa mía:  
 vos os avendréis con Dios  
 en el fin de vuestra vida,  
 y prometo á vuestra Alteza,  
 á fe de caballería,  
 que me escriba por traidor  
 si lo dicho no cumplía  
 de matar á la Condesa,  
 aunque mal no merecía.  
 Buen Rey, si me dais licencia  
 luégo yo me partiría.  
 —Vades con Dios, el buen Conde,  
 ordenad vuestra partida.—  
 Llorando se parte el Conde,  
 llorando sin alegría;  
 llorando por la Condesa,  
 que más que á sí la quería.  
 Lloraba también el Conde  
 por tres hijos que tenía,  
 el uno era de teta,  
 que la Condesa lo cría,  
 que no quería mamar  
 de tres amas que tenía  
 si no era de su madre  
 porque bien la conocía;  
 los otros eran pequeños,  
 poco sentido tenían.  
 Antes que el Conde llegase  
 estas razones decía:  
 —¿Quién podrá mirar, Condesa,  
 vuestra cara de alegría,  
 que saldréis á recibirme  
 á la fin de vuestra vida?  
 Yo soy el triste culpado,

esta culpa toda es mía.—  
 En diciendo estas palabras  
 ya la Condesa salía,  
 que un paje le había dicho  
 cómo el Conde ya venía.  
 Vido la Condesa al Conde  
 la tristeza que tenía,  
 vióle los ojos llorosos  
 que hinchados los tenía  
 de llorar por el camino  
 mirando el bien que perdía.  
 Dijo la Condesa al Conde:  
 —¡Bien vengáis, bien de mi vida!  
 ¿Qué habéis, el conde Alarcos?  
 ¿Por qué lloráis, vida mía,  
 que venis tan demudado  
 que cierto no os conocía?  
 No parece vuestra cara  
 ni el gesto que ser solía;  
 dadme parte del enojo  
 como dais de l'alegría.  
 ¡Decídmelo luégo, Conde,  
 no matéis la vida mía!  
 —Yo vos lo diré, Condesa,  
 cuando la hora sería.  
 —Si no me lo decís, Conde,  
 cierto yo reventaría.  
 —No me fatiguéis, señora,  
 que no es la hora venida.  
 Cenemos luégo, Condesa,  
 d'aqueso que en casa había.  
 —Aparejado está, Conde,  
 como otras veces solía.—  
 Sentose el Conde á la mesa,  
 no cenaba ni podía,  
 con sus hijos al costado,

que muy mucho los quería.  
 Echóse sobre los hombros ;  
 hizo como que dormía ;  
 de lágrimas de sus ojos  
 toda la mesa corría.  
 Mirábalo la Condesa  
 que la causa no sabía ;  
 no le preguntaba nada,  
 que no osaba ni podía.  
 Levantóse luégo el Conde,  
 dijo que dormir quería ;  
 dijo también la Condesa  
 que ella también dormiría ;  
 mas entre ellos no había sueño,  
 si la verdad se decía.  
 Vanse el Conde y la Condesa  
 á dormir donde solían :  
 dejan los niños de fuera,  
 que el Conde no los quería :  
 lleváronse el más chiquito,  
 el que la Condesa cría.  
 El Conde cierra la puerta,  
 lo que hacer no solía.  
 Empezó de hablar el Conde  
 con dolor y con mancilla ;  
 — ¡ Oh desdichada Condesa,  
 grande fué la tu desdicha !  
 — No soy desdichada, Conde,  
 por dichosa me tenía  
 sólo en ser vuestra mujer :  
 esta fué gran dicha mía.  
 — ¡ Si bien lo miráis, Condesa,  
 esa fué vuestra desdicha !  
 Sabed que en tiempo pasado  
 yo amé á quien bien servía,  
 la cual era la Infanta.

Por desdicha vuestra y mía  
 prometí casar con ella ;  
 y á ella que le placía,  
 demándame por marido  
 por la fe que me tenía.  
 Puédelo muy bien hacer  
 por razón y por justicia :  
 dijomelo el Rey su padre  
 porque d'ella lo sabía.  
 Otra cosa manda el Rey  
 que toca en el alma mía :  
 manda que muráis, Condesa,  
 á la fin de vuestra vida,  
 que no puede tener honra  
 siendo vos, Condesa, viva. —  
 De qu'esto oyó la Condesa  
 cayó en tierra mortecida:  
 mas después en si tornada  
 estas palabras decía :  
 — ¡ Pagos son de mis servicios,  
 Conde, con que yo os servía !  
 Si no me matáis, el Conde,  
 yo bien os aconsejaría :  
 enviédesme á mis tierras  
 que mi padre me ternía ;  
 yo criaré vuestros hijos  
 mejor que la que vernía,  
 y os mantendré castidad  
 como siempre os mantenía.  
 — De morir habéis, Condesa,  
 en antes que venga el día.  
 — ¡ Bien parece, conde Alarcos,  
 yo ser sola en esta vida ;  
 porque tengo el padre viejo,  
 mi madre ya es fallecida,  
 y mataron á mi hermano

el buen conde Don García,  
 que el Rey lo mandó matar  
 por miedo que dél tenía !  
 No me pesa de mi muerte,  
 que yo de morir tenía,  
 mas pésame de mis hijos,  
 que pierden mi compañía:  
 hacémoslos venir, Conde,  
 y verán mi despedida.  
 —No los veréis más, Condesa,  
 en días de vuestra vida:  
 abrazad ese chiquito,  
 que aqueste es el que os perdía.  
 Pésame de vos, Condesa,  
 cuanto pesar me podía.  
 No os puedo valer, señora,  
 que más me va que la vida;  
 encomendaos á Dios,  
 qu' esto de hacerse tenía.  
 —Dejéisme decir, buen Conde,  
 una oración que sabía.  
 —Decila presto, Condesa,  
 antes que amanezca el día.  
 —Presto la habré dicho, Conde,  
 no estaré un Ave María.—  
 Hincó rodillas en la tierra  
 y esta oración decía:  
 «En las tus manos, Señor,  
 »encomiendo el alma mía:  
 »no me juzgues mis pecados  
 »según que yo merecía,  
 »mas según tu gran piedad  
 »y la tu gracia infinita.  
 —Acabada es ya, buen Conde,  
 la oración que yo sabía;  
 encomiándoos esos hijos

que entre vos y mi había,  
 y rogad á Dios por mí  
 mientras tuviéredes vida,  
 que á ello sois obligado  
 pues que sin culpa moría.  
 Dédesme acá ese chiquito,  
 mamará por despedida.  
 —No le despertéis, Condesa,  
 dejadlo estar, que dormía,  
 sino que os pido perdón  
 porque ya se viene el día.  
 —Á vos yo perdono, Conde,  
 por amor que vos tenía;  
 mas yo no perdono al Rey,  
 ni á la Infanta la su hija,  
 sino que queden citados  
 delante la alta justicia,  
 que allá vayan á juicio  
 dentro de los treinta días.—  
 Estas palabras diciendo  
 el Conde se apercibía:  
 echóle por la garganta  
 una toca que tenía,  
 apretó con las dos manos  
 con la fuerza que podía:  
 no le afloja la garganta  
 mientras que vida tenía.  
 Cuando ya la vido el Conde  
 traspasada y fallecida,  
 desnudóle los vestidos  
 y las ropas que tenía:  
 echóla encima la cama,  
 cubrióla como solía;  
 desnudóse á su contado,  
 obra de un Ave María:  
 levantóse dando voces

á la gente que tenía.  
 — ¡ Socorred, mis caballeros,  
 que la Condesa se fina !  
 Hallan la Condesa muerta  
 los que á socorrer venian.  
 Así murió la Condesa,  
 sin razón y sin justicia ;  
 mas también todos murieron  
 dentro de los treinta días.  
 Los doce días pasados  
 la Infanta ya se moria ;  
 el Rey á los veinte y cinco,  
 el Conde al treinteno día,  
 allá fueron á dar cuenta  
 á la justicia divina.  
 Acá nos dé Dios su gracia,  
 y allá la gloria cumplida.

## XIV

## Gayferos—I

(Anónimo)

Estábase la condesa,  
 en el su estrado asentada,  
 tisericas de oro en mano :  
 su hijo afeitando estaba.  
 Palabras le está diciendo,  
 palabras de gran pesar :  
 las palabras tales eran  
 que al niño hacen llorar.  
 — Dios te dé barbas en rostro,  
 y te haga barragane ;  
 déte Dios ventura en armas,

como el paladín Roldane,  
 porque vengases, mi hijo,  
 la muerte de vuestro padre :  
 matáronlo á traición  
 por casar con vuestra madre.  
 Ricas bodas me hicieron  
 en las cuales Dios no há parte ;  
 ricos paños me cortaron,  
 la reina no los há tales. —  
 Magüera pequeño el niño  
 bien entendido lo hae.  
 Allí respondió don Gayferos,  
 bien oiréis lo que diráe :  
 — Ruégole así á Dios del cielo  
 y á Santa María su Madre. —  
 Oído lo había el conde  
 en los palacios do estáe :  
 — ¡ Calles, calles, la condesa,  
 boca mala sin verdade !  
 Que yo no matare el conde,  
 ni lo hiciera matare ;  
 mas tus palabras, condesa,  
 el niño las pagarae. —  
 Mandó llamar escuderos,  
 criados son de su padre,  
 para que lleven al niño,  
 que lo lleven á matare.  
 La muerte que él les dijera  
 mancilla es de la escuchare :  
 — Córtenle el pié del estribo,  
 la mano del gavilane,  
 sáquenle ambos los ojos  
 por más seguro andare,  
 y el dedo, y el corazón  
 traédmelo por señale. —  
 Ya lo llevan á Gayferos,

ya lo llevan á matare ;  
 hablan los escuderos  
 con mancilla que dél hane.  
 —¡ Oh válasme Dios del cielo  
 y Santa María su madre !  
 Si á este niño matamos  
 ¿ qué galardón nos darane ?  
 Ellos en aquesto estando,  
 no sabiendo qué harane,  
 vieron venir una perrita  
 de la condesa su madre.  
 Allí habló el uno de ellos,  
 bien oiréis lo que diráe :  
 —Matemos esta perrita  
 por nuestra seguridade,  
 saquémosle el corazón  
 y llevémoslo á Galvane,  
 cortemos el dedo al chico  
 por llevar mejor señale. —  
 Ya tomaban á Gayferos,  
 para el dedo le cortare ;  
 —Venid acá vos, Gayferos,  
 y querednos escuchare ;  
 vos idos de aquesta tierra  
 y en ella no parezcáis mase. —  
 Ya le daban entre señas  
 el camino que harae :  
 —Iros heis de tierra en tierra  
 á do vuestro tío estáe. —  
 Gayferos desconsolado  
 por ese mundo se vae ;  
 los escuderos se volvieron  
 para do estaba Galvane.  
 Danle el dedo, y corazón  
 y dicen que muerto lo hane.  
 La condesa qu' esto oyera

empezara á gritos dare :  
 lloraba de los sus ojos  
 que quería reventare.  
 Dejemos á la condesa,  
 que muy grande llanto hace,  
 y digamos de Gayferos  
 del camino por do vae,  
 que de día ni de noche  
 no hace sino caminar,  
 hasta que llegó á la tierra  
 adonde su tío estáe.  
 Dícele d' esta manera,  
 y empezóle de hablare :  
 —Manténgaos Dios, el mi tío.  
 —Mi sobrino, bien vengáises :  
 ¿ qué buena venida es esta ?  
 Vos me la queréis contare.  
 —La venida que yo vengo  
 triste es y con pesare,  
 que Galván con grande enojo  
 mandado me había matare :  
 mas lo que os ruego, mi tío,  
 y lo que os vengo á rogare,  
 vamos á vengar la muerte  
 de vuestro hermano, mi padre.  
 Matáronlo á traición  
 por casar con la mi madre.  
 —Sosegáos, el mi sobrino,  
 vos os queráis sosegare,  
 que la muerte de mi hermano  
 bien la iremos á vengare. —  
 Ellos así se estuvieron  
 dos años y aun mase,  
 hasta que dijo Gayferos  
 y empezara de hablare.

## XV

## Gayferos—II

(Anónimo)

—Vámonos, dijo, mi tío,  
 á París esa ciudade  
 en figura de romeros,  
 no nos conozca Galvane,  
 que si Galván nos conoce  
 mandaríá nos matare.  
 Encima ropas de seda  
 vistamos las de sayale,  
 llevemos nuestras espadas  
 por más seguros andare;  
 llevemos sendos bordones  
 por la gente asegurare.—  
 Ya se parten los romeros,  
 ya se parten, ya se vane,  
 de noche por los caminos,  
 de día por los jarales.  
 Andando por sus jornadas  
 á París llegado hane;  
 las puertas hallan cerradas,  
 no hallan por donde entrare.  
 Siete vueltas la rodean  
 por ver si podrán entrare,  
 y al cabo de las ocho  
 un postigo van á hallare.  
 Ellos que se vieron dentro  
 empiezan á demandare;  
 no preguntan por mesón,  
 ni menos por hospitale,  
 preguntan por los palacios  
 donde la condesa estae,

y á las puertas del palacio  
 allí van á demandare.  
 Vieron estar la condesa,  
 y empezaron de hablare:  
 —Dios te salve, la condesa.  
 —Los romeros, bien vengades.  
 —Mandedes nos dar limosna  
 por honor de caridade.  
 —Con Dios vades, los romeros,  
 que no os puedo nada dare,  
 qu'el conde me había mandado  
 á romeros no albergare.  
 —Dadnos limosna, señora,  
 qu'el conde no lo sabrae;  
 así la dén á Gayferos  
 en la tierra donde estae.—  
 Así como oyó Gayferos  
 comenzó de sospirare:  
 mandábales dar del vino,  
 mandábales dar del pané.  
 Ellos en aquesto estando  
 el conde llegado hae:  
 —¿Qu'es aquesto, la condesa?  
 aquesto ¿qué puede estare?  
 ¿No os tenía yo mandado  
 á romeros no albergare?—  
 Dijo y alzara su mano,  
 puñada le fuera á dare,  
 que sus dientes menudicos  
 en tierra los fuera á echare.  
 Allí hablaran los romeros,  
 y empezáronle de hablare:  
 —¡Por hacer bien la condesa,  
 cierto no merece male!  
 —¡Callede vos, los romeros,  
 no hayades vuestra parte!—